P. PICA Y PECA

UNA NIÑA DIFÍCIL

1

230805



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230805

47/143619-5

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

UNA NIÑA DIFÍCIL

I

ROSITA Y SU ADORADOR

Rosa, la bella y escultural sobrina de don Natalio, el amo de la casa de huéspedes donde yo vivía en Madrid—en la época feliz y memorable en que yo estudiaba para abogado—, si no era una virtud romana, tenía todas las trazas de serlo. Así al menos lo pregonaba la fama. Todos los huéspedes de la casa, entre los cuales había un curita más amigo de faldas que del breviario y el Kempis, habían desfilado, de noche, por su cuarto, sin obtener, en pago de sus ansias amorosas, más que unas cuantas erosiones, arañazos o mordiscos o algunas de esas bofetadas monumentales que forman época.

Yo era el único que no la había solicitado nunca ni con la palabra ni con los ojos. Y no porque la chica no me gustase, pues en realidad era lo que se llama una buena moza, con unas curvas y redondeces capaces de encalabrinar y sacar de sus casillas al más santo varón del Universo. Tampoco me había dado nunca por visitar furtivamente y de noche su estancia virginal, como ladrón que va a robar un preciado tesoro. Siempre me han repugnado esos amo-

R 3189517

res napoleónicos en que se toma a una mujer como a una plaza enemiga, por asalto. Más culto o más refinado o con mayor delicadeza de espíritu que mis compañeros de hospedaje, prefería, antes de obtener los favores de una mujer, irla conquistando lentamente, paso a paso, introducirme en su alma poco a poco, poniendo de este modo un granito de idealidad en las relaciones carnales, que de lo contrario son demasiado groseras y traen consigo muy pronto el tedio o el hastío.

Yo no sé ni puedo decir lo que Rosa pensaba realmente de mi sincero desvío y de mi indiferencia, pero de cuando en cuando me lanzaba furtivas miradas de extrañeza, que yo, que me precio de ser algo psicólogo, interpretaba de la siguiente manera: «¿Qué clase de hombre es este, que no se parece a los demás?»

El que estaba realmente chalado por ella era Miguelito, un chico murciano, estudiante de medicina y que llevaba en sus venas todo el fuego del ardiente sol de aquella encantadora comarca.

El pobre muchacho, a causa de los desdenes de Rosita — conforme la llamábamos cariñosamente todos los de la casa—, se había quedado más flaco que un espárrago y más lívido que un cirio. De tiempo en tiempo, y sobre todo en la mesa, que cuando no el tío la solía servir su bellísima Dulcinea, pues en punto a servidumbre andaban muy mal en casa de don Natalio, lanzaba cada suspiro capaz de partir las peñas, y que en lugar de compasión solía suscitar la hilaridad de todos nosotros. Manolo Vázquez, un andaluz muy guasón y que estaba en Ma-

drid solicitando un destino en Ultramar por no sé qué supuestos méritos políticos, le puso a Miguelito, *el Murciano de la triste figura,* y el mote se le quedó al pobre enamorado para toda la vida.

II

CÓMO LAS GASTABA MIGUELITO

Una noche, que después de haber cenado, estaba yo en mi habitación vacilando entre ir a ver a Vico o a la cuarta de Apolo, donde iban entonces las golfas más guapas de Madrid, entró Miguelito de pronto, más chupado, más cariacontecido y más melancólico que nunca.

Yo, la verdad sea dicha, aunque le quería de veras, no le puse muy buena cara, pues tenía aquella noche muchas ganas de divertirme y ninguna de escuchar lamentaciones ni lloriqueos.

Miguelito, haciendo caso omiso de mi gesto avinagrado, de un salto se sentó en uno de los ángulos de mi mesa de escribir, y encendiendo un pitillo, que casi nunca se le caía de la boca, pues los empalmaba uno tras otro, me enderezó la siguiente jeremíada, que es digna de pasar a la historia y que yo transcribo aquí con toda su gráfica elocuencia. (No se alarme el pudor de mis lectoras, pues así solemos hablar los hombres; los Amadíes y Romeos casi no existen más que en la leyenda o en la poesía.)

—Pero, dime, Antonio, ¿viste tú nunca una mujer como Rosita?... Como guapa... es guapa... ¡vaya si lo es! Tiene unos ojazos, y una boca, y unas curvas... Yo no sé por qué me

gustan a mí tanto las curvas... ¡Y hay todavía quien alaba la línea recta!... Te diré: en cierto modo, a mí me gustaría trazar una tan recta que no se desviara de su camino ni un solo punto, para llegar en derechura a su corazón y a otro sitio que me gustaría mucho más que su corazón. Pero, ¡quiá! ¡Si esa mujer es un carámbano, un pedazo de hielo, un trozo de granito o un muro de piedra berroqueña!... La abraso a miradas, y nada... Me la como a besos, y nada... La he toqueteado las piernas, el pecho, los muslos, y se ha quedado tan fría y tan serena como si me tocase yo mismo la cara... ¡O yo no tengo electricidad masculina o, lo dicho, esa mujer es un carámbano!

Y al llegar a esta afirmación rotunda, Miguelito lanzó un suspiro tan hondo y lastimero que, a ser yo Rosita, me hubiese apiadado de él en el acto.

—Pero, vamos a cuentas, Miguelito. ¿Cuándo has hecho tú todas esas diabluras de que me hablas, si yo y todos mis compañeros no te hemos visto nunca más que poner los ojos en blanco y lanzar suspiros tan hondos como los que daba al aire el caballero de la triste figura cuando estuvo en Peña Pobre?

—¡Anda este! Veo, chico, que estás muy atrasado de noticias... ¡Pues no he entrado yo pocas noches en su cuarto!

—¿Y qué has salido ganando?

—Hasta ahora lo que los demás... Muchos arañazos y algunos mordiscos, para variar... ¡Es una gata montés!

—Y alguna bofetada de cuando en cuando, ¿no es así?

—Una vez me dió una que tuve el carrillo hinchado toda la semana.



—Y entonces han llovido las bofetadas

—¡ Vaya un gusto ! ¡ Cuando andan por ahí tantas mujeres tan fáciles !

—Pero no son ella...

—No atino en qué consiste la diferencia.

—¿ Y tú que sabes ? ¡ Chico, tiene unas piernas, que me río yo de las de la Venus de Milo ! ¡ Son más suaves que el raso y más duras que el mármol !... Pues, ¿ y los pechos ? Redondos, firmes y tersos... ¡ Parecen dos bolas de billar !

—Pero, siendo tan adusta y esquiva como

dices, ¿ cómo ha permitido que la toques todas esas cosas sin poner el grito en el cielo ?

—¡ Toma ! Porque cuando duerme tiene un sueño tan profundo que no la despertaría ni un cañonazo.

—Pues, entonces, no comprendo cómo has sido tan tonto que no hayas consumado la suerte.

—Porque se conoce que ese es el sitio que tiene más sensible. Siempre que iba a llegar a él se ha despertado en el acto.

—Y entonces han llovido las bofetadas.

—¡ Sí, chico ! ¡ Y que tiene la mano tan dura como las piernas !

—¿ Y esta noche piensas repetir una vez más la visita ?

—Sí ; y como me pase lo de ayer, no te extrañe que me lleven a la Comisaría o al Depósito.

—¿ Qué es lo que te pasó ?

—Que cuando creía acariciar uno de los sitios que más me gustan de ella, tropecé con la coronilla del curita, que iba a lo mismo que yo... No sé cómo no le estrangulé... Me contenté con darle una bofetada, que él creyó que venía de la blanca mano de Rosita, por lo que salió de estampía del cuarto, más corrido que una mona.

—¡ Pero yo no comprendo que el cuarto de Rosita esté abierto de modo que pueda colarse allí todo el que se le antoje !

—¿ No ves que las mejores habitaciones de la casa están habitadas por todos nosotros y Rosita ha tenido que irse a dormir a un cuarto interior que no se cierra más que con picaporte ?... Ella tiene la precaución de poner detrás

una silla, pero las más de las noches, como se retira rendida de sueño y de fatiga, se olvida de poner esa silla, y las más de las veces hasta de echar el picaporte.

—¡Valiente tío la ha deparado Dios!

—¿A quién aludes? ¿A don Natalio?... Ese no se cuida más que de ganar dinero, para gastárselo como sabes. Pero te dejo, porque ahora reparo que estás vestido, lo que me hace suponer que ibas a salir, y voy a preparar la acometida de esta noche, que será la número mil y pico.

—Pues que te resulte mejor que las anteriores—díjele yo, empujándole dulcemente hacia la puerta y saliendo en pos de él, para que no volviese de su último acuerdo y se pusiera a repetirme sus lamentaciones.

III

UN TÍO MODELO

Merece un capítulo aparte don Natalio, el tío de Rosita.

En la vecindad contábanse horrores de él, y susurrábase por lo bajo que era un hombre concupisciente y lujurioso, dado a todos los vicios más anormales y abyectos.

Rayaría en los cincuenta. Era alto y delgado, de esbelta y arrogante figura, y conservaba todavía rasgos de haber sido muy bien parecido. Pero el vino había hecho nacer bajo sus párpados hinchadas bolsas y circundado sus ojos de profundas y violadas ojeras, que le hacían parecer mucho más viejo. Ganaba bastante dinero porque el pupilaje en aquella casa no bajaba nunca de seis pesetas diarias, y aunque es cierto que nos daba muy bien de comer y las habitaciones reunían muchas comodidades, pagados todos los gastos le quedaba un buen remanente, a pesar de lo cual él siempre estaba a la cuarta pregunta.

Era fama que don Natalio no había tenido nunca criada, bajo el pretexto de que eran todas unas holgazanas y ladronas, que les roban a los amos hasta la respiración. El mismo se

iba muy temprano a la plaza de la Cebada a hacer todas las compras, y Rosita era la que limpiaba y barría las habitaciones y nos guisaba la comida, para lo cual tenía unas manos que estaban al mismo nivel de su gentileza y hermosura. Entre él y Rosita servían la mesa, y a fe que ambos desempeñaban su cometido como los mejores y más expertos camareros de Lhardy y de Fornos.

Don Natalio era tan avaro de gestos y de palabras como de bolsillo. No recuerdo haberle visto sonreir nunca. Y lo que es con Rosita era una especie de ogro ; más bien que un tío parecía un amo despótico y gruñón, sin tener nunca en cuenta ni lo mucho que la pobre trabajaba, ni el celo y solicitud con que desempeñaba todos los menesteres. ¡ Y ella siempre tan dulce, tan servicial, tan sumisa, sin exhalar ni un suspiro ni una queja !

Dormía don Natalio en otro cuarto interior, no muy distante del de su sobrina. Y yo me pregunto, ahora que los años me han dado más reflexión y juicio : ¿ Era posible que don Natalio no oyese los escándalos que a veces se producían en el cuarto de Rosita, el estrépito que causaba la silla al rodar algunas veces por el suelo, cuando empujaban la puerta los fogosos adoradores de la moza, y aquellas sonoras bofetadas que ella sabía dar con tanta gracia y que restallaban como cohetes en medio del profundo silencio de la noche? ¿ O es que en sus cálculos entraba la idea de conservar allí, a disposición del que la quisiera, como cebo sabroso y picante, a aquella hembra tan apetitosa, medio seguro de no tener nunca la casa vacía? Y

más raro hallarán mis lectores este descuido cuando se enteren de lo que, como fiel narrador de esta historia, no tendré más remedio que referirles.

IV

MIGUELITO SE DECIDE

¡Vaya si era guapa Rosita!

Metidita en carnes y metidita en casa, como la quiere el cantar aragonés, blanca de rostro y pelinegra, alta de seno y esbelta de cintura, de caderas ampulosas y de pies pequeños; los ojos garzos, grandes y profundos; el habla melosa y dulce y el andar cimbreante y voluptuoso. Era una lástima muy grande que sus manos, que eran, naturalmente, finas, chicas y bonitas, estuviesen estropeadas y ennegrecidas por el trabajo. Parecía en el mirar casta como una virgen y jamás, que yo recuerde, dió motivo alguno a ninguno de nosotros para que se propasase con ella. Todo esto, como es natural, encalabrinaba más los lacivos deseos de todos mis compañeros, que revoloteaban en torno de ella como zánganos alrededor del panal.

Hacía ya un año que estaba yo en la casa y no la había visto salir a la calle ni un solo día, con ningún pretexto, lo cual no era obstáculo para que estuviese más lozana, más fresca y encendida que una rosa.

¿Era voluntario aquel encierro, o se lo imponía el tío?

Nadie hubiera podido decirlo, porque entre los dos no parecían existir más relaciones que

las meramente impuestas por la buena administración y manejo de la casa. Jamás les vi hablar ni un solo momento solos. Y eso que me pasaba semanas enteras sin salir de noche, de bruces sobre los libros. Quitada la mesa, después de cenar, Rosita se iba a la cocina a fregar los platos, y desde allí a la cama.

Su tío salía casi siempre, para volver ya muy avanzada la noche.

Nadie sabía dónde pasaba aquellas horas. Las malas lenguas decían que en lugares *non sanctos*.

Rosita se levantaba en cuanto amanecía y se metía inmediatamente en la cocina a hacernos el desayuno, que don Natalio iba sirviendo después de cuarto en cuarto.

Luego, éste se iba a la plaza y volvía con un gran pañuelo de hierbas abarrotado de víveres. La mañana se la pasaba en su cuarto hasta la hora de la comida, leyendo los periódicos, a que era muy aficionado.

Pero volvamos a Miguelito.

Este infeliz, a prueba de arañazos, mordiscos y bofetadas, cada vez estaba más amartelado. Había perdido ya dos cursos, y no era eso lo peor, sino que llevaba camino de perder también el tercero.

Una mañana que me había emperezado yo en la cama más de la cuenta, entró Miguelito con una carta en la mano y con la cara más compungida del mundo.

—¿Qué es eso?... ¿Qué te pasa, Miguelito? —le dije yo incorporándome en la cama, lleno de alarma.

—Carta de mi padre, chico. Me dice nada menos que salga inmediatamente de Madrid.

—¡ Claro ! Debe estar muy entusiasmado el



Entró Miguelito con una carta en la mano

pobre viejo con tus brillantes triunfos universitarios.

—¡ Mira tú que tener que dejarla, ahora que la cosa marchaba tan bien ! — dijo Miguelito, sentándose al pie de mi cama y encendiendo el inevitable cigarrillo.

—¿ Ya te hace caso Rosita ?

—Todavía no. Pero los demás han suspendido ya el cerco. Ya no va ninguno a su cuarto por las noches.

—Pero tú sí, ¿ no es cierto ?

—Tampoco. He cambiado ya de táctica. Ahora la enamoro por todo lo fino.

—¿ Y ella te lo agradece ?

—¡ Si te digo que es una Lucrecia ! Chico, me he convencido de que a esa mujer no se la tiene sino pasando por la vicaría.

—¡ Buen provecho te haga !

—Y te juro que no me voy. ¡ Nada, que no me voy, así se empeñe mi padre y todos los santos de la corte celestial ! — dijo, levantándose impetuosamente y paseándose por el cuarto con el aire de Napoleón la víspera de la batalla de Austerlitz.

—¿ Y si tu padre te retira los fondos ?

Miguelito me miró desconcertado.

Aquella terrible probabilidad no se le había ocurrido.

—¡ Aunque me los retire !—dijo fanfarronamente, si bien se veía con toda claridad que no las tenía todas consigo.

—Mira, Miguelito, créeme a mí ; estudia y haz caso de tu padre. Yo no le iría siempre royendo los zancajos a una mujer que maldito el caso que hace de ti. Los hombres deben tener más tesón, más dignidad.

Miguelito salió de mi cuarto con el rostro de víctima propiciatoria, destinada al degolladero.

V

SUCESO INESPERADO

Una tarde, de repente, vino a turbar la dulce paz de que disfrutábamos en nuestra casa de huéspedes, una escena dramática que, por lo dolorosa e inesperada, nos puso a todos en conmoción.

A eso de las cuatro se presentó en la casa una muchacha lindísima, vestida modestamente, al modo de las mujeres del pueblo madrileño, llevando en brazos a un niño de pecho que era la propia estampa de uno de los ángeles de Murillo. La recibió don Natalio en persona, a quien preguntó si vivía allí don Alvaro de Rodrigáñez, un militarcete mujeriego y calaverón, a quien se le conocían más aventuras amorosas que duros de paga tenía al mes.

Como que la discreción no es una de las virtudes juveniles y es dama que por lo recatada y pudibunda no suele frecuentar las casas de huéspedes, todos, que casualmente no habíamos salido aún a aquella hora, por ser vísperas de exámenes y estar enfrascados en los libros, asomamos los rostros curiosos por una rendija de las entornadas puertas de nuestras habitaciones, y nos relamimos de gusto al ver la cara de aquella encantadora muchacha, que era un primor de graciosa y bonita. Hasta al mismo

Miguelito no le pareció costal de paja, a pesar de estar tan encandilado con su adusta y hermosísima Dulcinea...

Yo vi entonces cómo los ojos lascivos de don



La recibió don Natalio en persona

Natalio brillaron con una lujuriosa chispa de deseo al acompañar a la joven hasta el aposento de don Alvaro, que estaba en aquel momento durmiendo la siesta.

Juraría que todos mis compañeros se quedaron, como yo, en acecho tras de la puerta de su cuarto, esperando oir de improviso rumor de tiernos suspiros y de apasionados besos, pues ya que se nos obligaba a llevar la cesta, justo era que gozásemos algo de aquel inesperado espectáculo amoroso, aunque no fuera más que entre bastidores.

¡Cuál no sería nuestro desencanto cuando, en lugar de las palabras tiernas y de las amantes caricias con que esperábamos regalar nuestros oídos, no escuchamos sino brutales interjecciones y palabras gordas en boca de don Alvaro y el llanto lastimero y los ayes de desesperación de la pobre mujer que llevaba en brazos al niño!

Fué breve aquella escena trágica. De pronto se oyó un fuerte portazo dado en la habitación de don Alvaro, y la infeliz muchacha cruzó el recibimiento en demanda de la salida de la casa, fúnebre y doliente como una Dido abandonada.

En el acto salimos todos de nuestros cuartos y nos precipitamos como un despeñado alud en la habitación de don Alvaro.

Al principio se armó una algarabía indescriptible, en que no podía ser que nos entendiésemos, porque todos queríamos hablar a la vez:

—¿Qué es eso?

—¿Qué pasa?

—¿Quién es ella?

—¿Es ese niño hijo tuyo?

El silencio se restableció como por encanto al ver que don Alvaro iba a hablar.

Y dijo:

—Pero, ¿qué se figuraba esa pelandusca? ¿Que me iba a casar por haber tenido un hijo con ella? ¡Pues no faltaría más sino que los hombres se casaran con todas las mujeres con que se acuestan! ¡Que tengan más cuidado y que no se abran tan fácilmente de piernas!

—¡Bien por don Alvaro!

—¡Pues tiene muchísima razón!

—Está hablando como un Séneca.

—No parece sino que ellas se nos entregan por hacernos un favor. Si lo hacen es por la misma razón que nosotros las buscamos... porque les gusta, porque tienen también su alma en su almario y porque para eso han nacido, para dar gusto a los hombres...

—Eso es lógica, y todo lo demás cebada de Alcorcón.

—Pero dinos al menos dónde vive.

—Sí, porque la chica es muy bonita.

—Y alguno de nosotros podría consolarla.

—Yo no soy comisionista de mujeres. Al que le pique, que se rasque.

—¿Pero vas a dejar que esa pobre mujer y ese niño se mueran de hambre?—le pregunté yo, sintiendo que se rebelaban en mí mis sentimientos generosos.

—Antes de conocerla yo, bien vivía. ¡Que trabaje como entonces!

—Sí, pero ahora tiene un hijo a quien no puede abandonar y una mancha que hará muy dificultosa su vida en una sociedad tan hipócrita como esta en que vivimos.

—Yo no sabía que teníamos en casa a un Amadís de Gaula.

—¿Pero y ese niño?

—¡Chico, no me vengas con romanticismos! ¡Que lo lleve a la Inclusa, que para eso está!

Salí de allí con asco.

Por la noche, durante la cena, volvió a hablarse, ya casi de sobremesa, del dramático suceso de la tarde. Y cada cual sacó a colación sus ideas respecto al particular. Inútil es que diga que la joven infeliz y el niño desventurado no hallaron más voz de defensa que la mía.

En nuestras discusiones, que a menudo eran muy agrias y violentas, jamás tomaban parte ni don Natalio ni su sobrina, que se limitaban a servirnos, mudos y discretos como dos criados de casa grande. ¡Cuál no sería mi asombro al oir de pronto la voz dulce y melodiosa de Rosita, que frunciendo el monísimo entrecejo, arrojó de pronto en medio de la mesa estas airadas e inclementes palabras!

—Tiene razón don Alvaro... La mujer que no sabe resistir a los hombres, que se fastidie y se atenga a las consecuencias.

Todos levantaron los ojos a mirarla y ninguno se atrevió a decir esta boca es mía. La verdad que en punto a saber defenderse la intrépida muchacha era una especie de Agustina de Zaragoza. Todos los allí presentes, menos yo y don Natalio, podían dar buena prueba de ello. Bien lo podían atestiguar los cardenales de algunos brazos y la tumefacción reciente de algunas mejillas.

Pero el que estaba verdaderamente radiante era Miguelito, al oir aquellas francas y rotundas declaraciones de la arrogante y valerosa amazona. Sin poder contenerse me dió un pisotón por debajo de la mesa, que me dejó dolorido un juanete para toda la noche. Aquel pisotón, en su elocuencia muda, significaba:

«¿No te decía yo que era una Lucrecia la dama de mis pensamientos?»

Yo llegué a convencerme también de ello, aunque encontraba excesivamente duro su juicio para un alma femenina y no pude por menos de demostrarle claramente mi opinión.

—Pero, ¿es posible, Rosita, que una mujer piense de ese modo? Recuerde usted que todos tenemos tejado de vidrio y que en una hora de confusión y extravío pueden rodar por el suelo nuestros mejores propósitos.

—¡Los míos, no!—dijo fieramente Rosita—. Eso déjelo usted para las mujeres que inventan todas esas historias como excusa de su poca vergüenza.

Nueva sonrisa radiante de Miguelito y nuevo pisotón, que esta vez quería decir:

«¡Anda, chúpate esa!»

Yo miré fijamente a Rosita, que estaba de pie al extremo opuesto de la mesa, detrás de la silla de don Venancio, un vejete catarroso y atrabiliario que era oficial quinto en el ministerio de Gobernación y a más tenedor de algunas láminas de la Deuda.

¡Qué bella me pareció con las aletas de la nariz vibrantes de coraje y las frescas mejillas encendidas aún por la vehemente exaltación de sus frases!

Parecía la estatua del pudor.

Decididamente, Miguelito tenía razón.

Rosita le daba quince y raya a la virtuosa mujer de Tarquino.

Al levantarnos de la mesa, el murciano se coló en mi cuarto detrás de mí.

Quiero ahorrarles a mis lectores la gran lata que a mí me dió, encareciéndome y ponderándome por centésima vez la castidad y entereza de su adorado tormento.

VI

UNA VIRTUD COMO HAY MUCHAS

Aquella noche me acosté impresionado por las palabras de Rosita, y llevando todavía en los oídos los ecos de las calurosas alabanzas tributadas en su honor por Miguelito.

Contra mi costumbre tardé bastante rato en dormirme, despertándome al cabo de un tiempo que no puedo precisar, por habérseme olvidado darle cuerda a mi reloj, en un terrible estado de excitación erótica que hacía que me revolviera en la cama como un animal en celo... En una palabra, me sentía macho, como acostumbraba a decir nuestro amigo don Alvaro.

Todavía debía de ser de noche, pues por las rendijas de los postigos de mi cuarto no entraba ni un resquicio de luz.

Todos los esfuerzos que hice por distraerme, por calmar mi excitación, resultaron inútiles. Por todas partes no veía más que mujeres desnudas, voluptuosas e incitantes, de blancas y mórbidas piernas, de pechos turgentes y firmes, de recias y redondas caderas, que me brindaban con el deleite de sus besos y de sus caricias. ¡Latían mis sienes y abrasaba mi piel! ¡La fiera del deseo rugía en mis venas tumultuosamente!

Y entonces acudió a mi cerebro la imagen encantadora de Rosita.

Y, ¡oh anomalías del corazón humano! Yo que siempre la había mirado con suprema indiferencia; yo que no la había deseado nunca, me puse a desearla frenéticamente, con todas las fuerzas de mi sexo de varón...

¿Qué significaba aquello?

¿Habría ejercido al cabo en mi organismo su perniciosa influencia la atmósfera de lujuria que se respiraba en torno de ella?

¿Habrían cristalizado en mi ser todos los impuros, todos los lascivos deseos que revoloteaban alrededor de la hermosísima sobrina de don Natalio?

El caso es que yo estaba muy grave y que las ropas que me envolvían empezaban a formar la tienda de campaña, frase gráfica con que designaba Miguelito la tempestuosa demostración del deseo sexual cuando, como a mí en aquella ocasión, le sorprendía en la cama.

Era muy doloroso que un hombre se encontrase en una situación tan triste y aflictiva, teniendo a pocos pasos de su cuarto a una mujer joven, bonita y apetitosa, que podía curarle de su mal, deponiendo por un momento sus rigores.

Y la tentación empezó a susurrar a mis oídos sus halagüeñas estrofas. ¿Por qué no había yo de ir también a su cuarto? Quizás fuera más afortunado que los otros.

Mi estado era tal, que hubiera podido fundir instantáneamente un pedazo de hielo.

Me eché fuera de la cama y me vestí presurosamente. De cobardes no se ha escrito ni una

página en la historia. Hay que ser audaz como los conquistadores, que toman lo que les conviene donde quiera que esté, aunque tengan que emplear para ello el hierro y la violencia. Manjar más rico para mi ardiente hambre amorosa no podía deparármelo el destino. ¡Sus! ¡adelante! Y que perdonara Miguelito.

Di unos cuantos pasos en dirección a la puerta, pero me detuve de pronto irresoluto y vacilante.

Me acordé de la derrota ignominiosa de mis compañeros, y me entró pánico.

¡Qué vergüenza para mí, si tenía que volverme a mi cuarto expulsado del suyo a puntapiés, como perro hambriento y pordiosero!

Yo no podía exponerme a semejante oprobio, porque al día siguiente tendría que irme de la casa, antes de que me echara ella los ojos a la cara. Eso estaba bien únicamente para unos sinvergüenzas tan grandes como Miguelito y compañeros mártires.

Retrocedí, dirigiéndome a la mesilla de noche, donde tenía la botella del agua, y me aticé al coleto, casi de un trago, toda la que contenía, a ver si así se calmaba mi fiebre amorosa.

¡Ni por esas!

Colérico y furioso, encendí un pitillo y empecé a pasearme por mi cuarto como león enjaulado...

La marcha tampoco logró aliviarme.

¡Allí, a pocos pasos estaba ella, es decir, la dicha y el deleite, de que yo no podía disfrutar! ¡Y entonces comprendí en todo su horror y magnitud el suplicio de Tántalo!

No, yo no podía seguir por más tiempo en aquel lamentable estado.

De pronto, me acometió como un vértigo y me lancé fuera de mi cuarto.

No veía más que el hermoso cuerpo de Rosita, desnudo y palpitante, estremeciéndose de amor en mis brazos.

Avancé por el pasillo a obscuras y a tientas, con pasos cautos y furtivos, como el ladrón que teme que cualquier imprudencia denuncie el ruido de sus pasos. Un silencio de muerte reinaba en toda la casa. No se oía más que el ritmo precipitado de mi agitada respiración.

Palpando las paredes y las puertas llegué por fin, al cabo de unos segundos que me parecieron siglos, al aposento que ocupaba Rosita.

Iba a empujar la puerta con mucha cautela, por temor de que la silla que solía ella colocar detrás no se derrumbase al suelo con estrépito, cuando me percaté con asombro de que estaba abierta de par en par.

¿Qué significaba aquello?

Pero no vacilé más que un segundo. Con las manos extendidas hacia adelante y con precaución suma, como un ciego que se orienta en las tinieblas, seguí avanzando hasta llegar al borde de la cama virginal que ocupaba Rosita.

El corazón me latía tumultuosamente y las arterias me daban martillazos en las sienes. Loco de lujuria y de deseo, hundí mis manos ávidas de la carne sabrosa y palpitante de mujer en el codiciado lecho.

¡Y me encontré con que estaba vacío! Las sábanas aun guardaban el calor de su cuerpo, pero Rosita no estaba allí.

¿Qué misterio era aquél?

Una sospecha cruel, que me produjo en el alma una quemadura igual a la de los celos,

cruzó por mi cerebro. ¿Estaría con Miguelito, con el cura, con el andaluz dicharachero y fanfarrón o con el sinvergüenza de don Alvaro?

Salí del cuarto a tientas como había entrado



Rosita no estaba allí

y seguí mi angustiosa peregrinación por el pasillo, con la rabia y el despecho de un amante burlado.

Sin vacilar ni un instante me encaminé al cuarto de Miguelito. La traidora debía estar allí.

Pero, al pasar por delante de la habitación de don Natalio, oí como gemidos.

Iba de sorpresa en sorpresa.

¿Qué era aquello?

Empujé suavemente la puerta de un cuartucho que estaba todo él lleno de baúles, y por uno de los tragaluces que servían para ventilar la habitación del fondo, en donde dormía don Natalio, vi que la luz estaba encendida en el interior.

Volvieron a oirse los gemidos y el crujido intermitente del lecho en que reposaba don Natalio. Con el alma abrasada por la curiosidad trepé a uno de los baúles que estaba adosado a la pared, y encaramado en él miré al través del tragaluz.

¡Cielos! ¡lo que vieron mis ojos! Me haría falta la pluma retozona y lasciva de Bocaccio para pintarle a mis lectores semejante cuadro, que no se me olvidará mientras viva.

Don Natalio, con la camisa de dormir arremangada hasta más arriba del ombligo y las flacas y cerdosas piernas al aire, estaba tumbado en la cama boca arriba, mientras que Rosita, enteramente desnuda y de rodillas en ella, tenía los rojos y seductores labios, aquellos labios con cuyos besos soñaban tantos amantes, fuertemente pegados, en vehemente caricia, a la arrugada, velluda y negra piel de su asqueroso tío, el cual se retorcía de lujuria y de placer al contacto de aquellos pétalos de rosa, mientras que con sus manos esqueléticas y sarmentosas acariciaba furiosamente las redondas y mórbidas carnes de la libidinosa hermosura... ¡Y ella, la esquiva, la adusta, la virtuosa, la digna émula de la esposa de Tarquino, la doncella recatada y púdica, a quien Miguelito, a ser poeta, hubiera inmortalizado en sus versos, con los ojos fulgurantes de lascivia y las mejillas encendidas por el furor erótico, movía rítmicamente la cabeza, en desenfrenada y repugnante caricia, con un entusiasmo y delectación dignos de mejor causa.

De pronto, don Natalio, con el impulso de un sátiro, se incorporó impetuosamente, y echando chispas diabólicas por los ojos, derribó a su sobrina de bruces sobre la cama y se echó sobre ella, aferrándose fuertemente a sus espaldas.

... ...
... ...
... ...
... ...

Yo me aparté de allí inmediatamente con asco, con rabia, con desprecio... Pero el fuego que ardía en mis entrañas se había hecho mucho más intenso y voraz. En aquel momento hubiera yo dado por una mujer hasta la salvación de mi alma. Me metí en la cama febril y calenturiento. ¡Cómo abrasaría mi enardecida epidermis, que al hundirme entre las sábanas sentí la misma sensación que si me sumergiera en un baño con el agua a ocho grados bajo cero! Tardé mucho en dormirme y mis sueños fueron de un erotismo furioso; pero el anhelado alivio no vino a apaciguar los arrebatados ardores de mi carne en rebelión.

VI

CÓMO ACABÓ AQUELLO

A la mañana siguiente vino a sacarme de la profunda modorra en que me hallaba sumido la brusca irrupción en mi cuarto de Miguelito, que entró con el ímpetu de una tromba, exclamando:

—¡Chico, esta mañana se te han pegado las sábanas!... ¡Alguna juerguecita, ¿eh? ¡Y eso que parece que te asustan las mujeres! ¡Ya estás tú buen pez!

Yo le miraba con ojos estúpidos, envuelto como me hallaba todavía en las brumas del sueño. Sus palabras sonaban en mis oídos como rumores lejanos, como la vibración que produce la electricidad en los alambres del telégrafo.

—Despabílate, Antonio, porque tengo que darte una gran noticia y quiero que tú seas el primero que la sepa. ¡Me caso!

—¿Tú?—le pregunté maquinalmente, como hubiera podido decirle otra cosa.

—¡Yo!—me respondió—. ¿Te parece extraño?

—¿Y con quién?—seguí preguntando con la misma inconsciencia.

—¿Pues con quién ha de ser?... ¡Con Rosita!

Este nombre empezó a sacarme del profundo marasmo en que yacía sumergido.

—¿Con Rosita?

—Sí, con Rosita. ¿Qué mejor mujer pudiera elegir por esposa? ¡Con ella, que es la virtud personificada!

—¿La virtud...? ¡Já, já, já! ¡La vir...! ¡Já, já, já!

Y me incorporé en la cama, atacado de un inextinguible acceso de hilaridad. Las últimas palabras de Miguelito habían tenido el poder de aclarar del todo mis ofuscados sentidos.

—¡Já, já, já!—seguía yo riéndome, atronando toda la casa con mis carcajadas.

Miguelito se me quedó mirando muy asustado y con los ojos desmesuradamente abiertos.

Yo no sé lo que tendría mi risa de terrible y sarcástica. Lo cierto es que Miguelito no volvió a mirar a Rosita.

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil

EN PRENSA

La frialdad de Felisa

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

"EDITORIAL H"

BARCELONA

IMPRENTA MERCANTIL.—BARCELONA